

colección rúbrica



HIPÓLITO SÁNCHEZ MOREJÓN



CUENTOS DE MEDIANOCHE

esstudio
ediciones

I

AMIGAS

*Río de Janeiro-Brasil. Mediodía.
Un día cualquiera de octubre de 2018*

—¡Qué sueño tengo! Ni que hubiera estado durmiendo todo el día. Me voy a levantar y a dar un paseo con mi familia —comentaba en voz alta una joven mientras se estaba desperezando. En su cabeza no pasaba ni por asomo la situación tan dramática que se le avecinaba.

—Pero, ¡qué pasa, Dios mío!, ¿qué tengo encima de mí? ¡No me lo puedo quitar de encima! Estoy en un espacio muy reducido y me falta el aire. ¡¡Socorroooooooooo!!

Marta notaba como si el aire se le agotara y no pudiera mover los brazos y las piernas. No tenía materialmente espacio donde moverse y lo peor de todo... tampoco podía ver dónde se encontraba. La joven estaba limitada por cuatro maderas a su alrededor.—Menos mal que tengo el teléfono móvil aquí en el bolsillo de mi chaqueta. ¡Bufffff...! —empezó a jadear y a llorar levemente, fruto de la angustia que estaba atravesando. La ansiedad le podía por momentos y la posibilidad de no moverse la limitaba y le angustiaba aún mucho más—. Debo mantener la calma e intentar no malgastar oxígeno.

Seguro que todo sale bien —se decía una y otra vez, mientras intentaba alcanzar su teléfono móvil con sus dedos adolescentes.

—Vale, ya está. Ya lo cogí. ¡Bieeeeeen! —exclamó de nuevo en voz alta para intentar animarse—. Madre mía, me queda poca batería. Solo tengo un veinte por ciento. Debo utilizarlo bien. Llamaré a papi y a mami. Ellos me despertarán de esta asquerosa pesadilla. No me puedo creer que me esté pasando todo esto. Podría estar en estos momentos, saliendo con mis amigos y pasándomelo bien. En fin, ya se lo contaré a mis mejores amigas cuando salga de aquí. Debe ser una broma de alguna de ellas.

Cogiendo su teléfono móvil con la mano derecha, consiguió a duras penas acercarlo a su vientre, pues las recias tablas de madera rodeaban su cuerpo de dieciséis años. Puso el modo en altavoz e intentó gracias al manejo que tenía del mismo, algo normal en los adolescentes del siglo XXI, contactar primeramente con su madre. Sabía que su mami de toda la vida no le iba a fallar.

Marta se había criado en un mundo idealizado, lleno de confort, gracias al dinero que ganaba su padre como empresario de coches de importación americanos. La posición económica de la familia había posibilitado que Marta pudiera ir a un instituto de pago, tener siempre ropa de marca y móvil desde los diez años... En su casa nunca había faltado de nada, pues sus abuelos ya habían gozado de una situación económica desahogada. Marta cambiaba de teléfono móvil dos o tres veces cada año. Unas carantoñas al padre y varias sonrisas a la madre eran el coste de la adolescente

para «sacarles» cualquier antojo a sus benefactores. Si de teléfono móvil cambiaba cada cierto tiempo, los relojes y los perfumes no le iban a la zaga. *Channel, Carolina Herrera, Vera Wang, Versace...* eran sus aromas preferidos cada día. Las mejores marcas de importación de relojes adornaban su cómoda junto a un gran espejo vertical en una exclusiva caja de nogal para relojes en su enorme habitación con una cama de dos por dos metros de anchura y baño propio de diez metros cuadrados. El lujo era la norma habitual en su vida.

—¡Cógelo, mamá, venga! No seas pesada.

El celular de Marta no paraba de marcar el número de teléfono de su madre, pero... nadie lo cogía.

—¡Nunca están cuando les necesito! —se atrevió a decir Marta, mientras la temperatura de la presunta caja donde se encontraba iba aumentando por momentos.

La joven vestía unos pantalones vaqueros y una camisa medio transparente junto a una chaqueta suave al tacto de lana. El calor en el habitáculo iba aumentando y el nerviosismo de la joven con ello.

—¡Joder, papá, cógelo tú ahora, por favor! No os pido mucho. Luego estáis todo el día llamándome para saber si estoy bien y hoy no me hacéis ni caso. ¡Me estoy agobiandoooooo!

Marcó esta vez el número de teléfono del padre, y tras un par de minutos, recibió el mismo resultado por respuesta.

—¡Dios, qué pesadez! ¡Vamos Marta, piensa! —intentaba auto animarse la joven—. Ya está. Voy a llamar a María, mi mejor amiga. Ella nunca falla y siempre está a

mi lado, no como los padres —intentaba mantener la calma la joven brasileña.

Solo tardó unos pocos segundos en ponerse en contacto con su mejor amiga. Se puede decir que María había sido su confidente personal desde que empezó en la guardería. Su confidente, su hombro para llorar o su apoyo cuando estaba aburrida. Todos los viernes por las noches tenía que llamar por teléfono a su amiga para comentarle sus planes. No para pedirle opinión, sino para explicarle la hoja de ruta que iban a realizar el fin de semana. Desde qué ropa te vas a poner, hasta si llamamos a tal o llamamos a cual. El tema «chicos» era otro de los comentarios preferidos de Marta. María no es que fuera mejor o peor que Marta, pero tenía la cualidad de escuchar a las personas y, por ende, a su amiga.

—¡Joder, María!, menos mal que te pillo por teléfono.

Fue decir esas palabras y se colgó la llamada para desesperación de Marta. Posiblemente había problemas de cobertura. Las gotas de sudor empezaban a correr por las sienes y el rostro de la adolescente. Sus finos y cuidados dedos y uñas empezaron a marcar de nuevo el número de teléfono de su amiga.

—¡Vamos, cógelo, María! ¡Qué coño estás haciendo que no lo coges!

Como si le estuviera escuchando su mejor amiga, su paño de lágrimas, María cogió el móvil de nuevo a los pocos segundos de recibir la llamada.

—¿Quién es? —contestó a la llamada su amiga del alma.

—Soy yo, Marta. Déjate de bromas, tía. ¿Pero qué coño estás haciendo?

María le contestó con naturalidad:

—Te dejé anoche en la fiesta que habían montado los chicos y yo me fui porque estaba cansada. ¿Dónde estás, bribona? —contestó la tal María con voz amigable y relajada.

—¡Venga, María, ayúdame, que lo estoy pasando muy mal! Debe salirte mi número de teléfono de toda la vida en tu celular —contestó desesperada Marta.

—Madre mía, pues es cierto. Después de la fiesta de ayer tengo la cabeza fatal.

Ante la incertidumbre creada, María no tardó en preguntar a su amiga para aclarar con quién estaba hablando.

—Te voy a hacer unas preguntas porque no estoy segura de tu identidad.

El comentario de María encolerizó aún más a Marta, la cual estaba ya muy nerviosa...

—¿Pero tú de qué vas, tía?

—¡A ver si eres mi amiga Marta!, ¿cuándo hicimos el último examen de matemáticas? —preguntó María un poco ya harta de esa extraña conversación.

—¡Joder, María, qué pesada eres! ¿Me vas hacer responder a esas estúpidas preguntas?

Marta no se podía creer lo que la estaba ocurriendo. Su amiga de toda la vida desconfiaba de su identidad...

—El último examen de matemáticas fue el pasado viernes.

La respuesta de Marta no acalló la batería de preguntas de su amiga.

—¿Y qué nota saqué yo en historia? ¡Sabes que nos lo contamos todo!

—¡Tú sacaste un 4'5 y yo un 6'7!

—Pues va a ser verdad que eres Marta —respondió María para alivio de su mejor amiga.

—Marta, ¿qué pasa? Se va la cobertura. No te escucho bien. ¿Dónde te encuentras? —pregunto María con el tono de voz preocupado.

—¡María, por favor, escúchame, que me queda muy poca batería en el celular!

Así era, a Marta le quedaba solo un 13% de batería.

—María, por favor. No sé dónde estoy. Solo sé que apenas puedo ver gracias a la luz del teléfono. Estoy encerrada en una caja o algo parecido. No puedo abrirla y el oxígeno se me está agotando por momentos. ¡María-aaaaaaa! —gritó Marta desesperada al notar que la llamada se había colgado de nuevo.

Las lágrimas empezaron a brotar en sus ojos mientras la desesperación la comía literalmente.

—Dioooooos, ¡ábrete de una vez! —decía Marta mientras intentaba abrir la tapa de la caja con sus delicadas manos. Sus 52 kilos de peso y su poca envergadura tampoco ayudaban en esos momentos. ¿O es que otra persona hubiera tenido más éxito?

De repente, el celular volvió a sonar y como si un soplo de aire fresco se tratase, invadió sus sofocados pulmones.

—¡Bieeee! Esa es mi María. ¡Gracias, guapa! —se decía mientras se daba cuenta que la batería del teléfono móvil marcaba tan solo un 11%—. ¡María, por favor, no cuelgues! —le dijo a gritos intentando controlarse.

—Pero si no cuelgo, Marta. Me estás poniendo nerviosa —le respondió su amiga, también muy angustiada.

—Por favor, localiza a mis padres lo antes posible. Estoy metida en una caja aparentemente de madera y ya no me queda prácticamente aire para respirar —exclamó la adolescente totalmente angustiada.

—¡Yo los llamo ahora mismo, no te preocupes! Pero, ¿dónde crees que estás para poderte ayudar? —le preguntó su mejor amiga desde la infancia en un tono también desesperado.

—¡Joder, María!, llámalos, solo llámalos, nada más. Por favor, no te pido mucho.

De repente, el móvil empezó a avisar mediante un icono y un mensaje escrito que informaba que tenía la batería muy baja.

—¡Yo los llamo, no te preocupes. Aguanta, Marta! —le espetó María para colgar a continuación.

El calor se estaba haciendo inaguantable en ese espacio tan reducido y la ansiedad de Marta era lo suficientemente preocupante como para tenerla en cuenta. Se encontraba tumbada, bocarriba y encerrada en una caja de madera de su tamaño. No tenía espacio sobrante en los lados ni por la cabeza ni por los pies. De ahí a un ataque de histeria o una lipotimia le faltaba prácticamente nada. Ella, que siempre olía como un jardín de rosas, le caía el sudor por las sienes, además de transpirar por todos los poros de su delgado cuerpo.

—¡Marta, vamos, te tienes que controlar! —se decía a sí misma la desgraciada adolescente, la cual iluminaba su angosto espacio con la poca batería de su teléfono móvil.

En ese momento, la joven se dio cuenta que todos los millones de dólares de su padre no eran suficientes para sacarla de esa situación. La congoja y los nervios se habían apoderado ya de la joven.

—Joder, ¿por qué a mí? —se preguntó Marta bajando el tono de voz, mientras el llanto la dominaba. Tenía una tapa de madera a escasos centímetros de sus ojos y no podía mover para nada las extremidades de su cuerpo. La sensación de agobio iba en aumento.

De pronto, las uñas de la joven se hicieron trizas al arañar la tapa de madera que la cubría. Varios trozos de sus caras uñas postizas se quedaron adheridos a la madera, mientras sus dedos ensangrentados no paraban de dolerle.

—A ver, voy a dejar un minuto para que María pueda localizar a mis padres y luego, la llamo —exclamó para sí misma la chica mientras las lágrimas recorrían abundantemente su rostro.

Así hizo la chica mientras los segundos le parecían minutos. Una llamada entrante, cuando la batería estaba al 7 %, le devolvió la esperanza por momentos.

—¡María, dime algo, por favor!

La voz de su amiga no tardó en escucharse de nuevo...

—Marta, no logro localizar a tus padres.

La respuesta de María desquició totalmente a Marta y le hizo estallar de cólera.

—¡Siempre has sido una inútil de mierda, joder! No sabes hacer nada. Pues llama a la policía, joder. Seguro que localizan mi celular —un pequeño silencio se hizo dueño de la conversación—. No, no, no, no, no. Perdona,